EL TEATRO,
COLECCION DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

CURACION RADICAL,

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA,

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

D. MARIANO CÓRDOVA.

MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR.
PEZ, 40,–2.°

1873.

Aumento al Catálogo de EL TEATRO de 1.° de Setiembre de 1873.

TITULOS.	Actos.	AUTORES.

COMEDIAS Y DRAMAS.

Al que se hace de miel	1	Antonio Ramiro
Curacion radical	1	Mariano Córdova
Dies Iræ	1	R. de Campoamor
El conde del Muro	1	José Jackson Veyan
El marido	1	Eduardo Lustonó
En estado de sitio	1	E. Zamora
He matado al mandarin	1	E. Zumel
La Cruz Roja en Alicante	1	Juan de Alba
La veu de la relichó	1	N. N.
Llegar á tiempo	1	Eduardo Navarro
Mercedes	1	Eduardo Lustonó
Miseria y Compañía	1	Joaquin Balaguer
Pobres y ricos	1	E. Zamora
Por dos millones	1	E. Zumel
Por un descuido	1	E. Navarro
Tal es cualis com camali	1	N. N.
Un diputado de antaño	1	Pelayo del Castillo
Un doctor de secá	1	R. María Liern
Un grapaet y prou	1	N. N.
El avaro de su amor	2	M. Romero de Aquino
El tio Cavila	2	E. Escalante
Páginas de gloria	2	E. Zamora Caballero
Quién es su madre	2	Joaquina Vera
Un predestinado	2	E. Zumel
El aniversario	3	Manuel Godino
La procesion por dentro	3	E. Blasco
Parientes y trastos viejos	3	E. Blasco
Un drama del dia	3	E. Zumel

CURACION RADICAL,

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA,

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON MARIANO CÓRDOVA.

Representada con extraordinario aplauso en el Teatro del Prado en Julio de 1873.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1873.

PERSONAJES.	ACTORES.
LUISA	SRTA. HERRERA.
DON ROQUE	SR. VEGA.
DIEGO	SR. CIRERA.
BONIFACIO	SR. CALVACHO.
UN GUARDA DE CAMPO	SR. OLIER.

La accion pasa en una quinta de D. Roque en Carabanchel.

ACTO ÚNICO.

Sala elegantemente amueblada. Puerta al foro y á la derecha; dos á la izquierda en primer término, y ventana en el segundo término. Consolas; al foro una escopeta; mesa á la izquierda con periódicos, libros, recado de escribir y un timbre. Á la derecha confidente y una silla pequeña con cesta de labor.

ESCENA PRIMERA.

LUISA, sentada cerca de la mesa con un libro en la mano.

Me carga este libro, y me aburre y me fastidia, como todos los que he empezado á leer esta mañana. (Tira el libro sobre la mesa.) Esto es insufrible, esto no puede continuar; cada dia que pasa me aburro más y me.. Bonitas están estas flores! Yo no sé qué piensa ese zopenco de Bonifacio. (Toca el timbre.)

ESCENA II.

LUISA y BONIFACIO.

LUISA. Bonifacio, por qué no has cambiado estas flores, hombre? No ves que están marchitas? No ves que ya no sirven?

BONIF. Tiene usted razon, señorita, tiene usted razon; pero anda uno así, tan ocupao... y tan... Y su papá de usted, dónde está?

LUISA. Adentro. Qué llevas ahí?

BONIF. Esta carta que acaba de traer el cartero.

LUISA. Ya, una carta. Todas las relaciones de mi padre están reducidas á cartas.

BONIF. Toma, como que don Roque no puede oir á nadie.

LUISA. Sí, pero una...

BONIF. Y uno...

LUISA. Se fastidia.

BONIF. Eso igo yo. La sordera del amo nos tiene á tóos partíos por la mitá.

LUISA. Dichosa sordera!

BONIF. Ántes, siquiera, se le podía hablar, pero desde que se ha quedao sordo es un tormento.

LUISA. Cuéntamelo á mí.

BONIF. Miusté, señorita, yo ya no pueo resistir más. Usté no sabe lo que es tener que hablar á gritos tóo el dia.

LUISA. Dime, y ese médico, cuya especialidad son las enfermedades del oido, ha contestado á la carta que papá le dirigíó?

BONIF. No sé nada de eso.

LUISA. Qué gran cosa sería que mi padre volviera á oir algo. Volveríamos á Madrid. Yo encerrada aquí me desespero.

BONIF. Lo mismo me pasa á mí.

LUISA. Á mí, que me gusta tanto vivir en Madrid!

BONIF. Y á mí.

LUISA. Yo soy partidaria de vivir en Madrid.

BONIF. Y yo.

LUISA. Y de saber lo que pasa.

BONIF. Y yo.

LUISA. Porque al fiin soy mujer.

BONIF. Y yo. Digo... Perdone usted, no sé lo que hablo siquiera.

LUISA. Pero nada. No hay quien haga variar de resolucion á

papá.

BONIF. Caramba!

LUISA. Ahora ha dado en la manía de echar noramala á todos mis pretendientes.

BONIF. Estará tocao?

LUISA. En tres años, ó lo que es lo mismo, en el tiempo que hace que está sordo, le han pedido mi mano tres personas.

BONIF. Pues! Y como está sordo, no ha oido á nadie.

LUISA. Eso es! Y mi padre responde siempre lo mismo.

BONIF. Qué dice, qué dice?

LUISA. Dice que ninguno de los novios que he tenido es el yerno que ha soñado.

BONIF. Qué demonio habrá soñao el amo?

LUISA. Lo siento, sobre todo por Pablito.

BONIF. Aquel que me dió una carta pa usté hace un mes?

LUISA. Aquel.

BONIF. Muy buen sujeto, muy generoso. Cuando le llevé la respuesta me dió doce cuartos. Muy buen sujeto.

LUISA. Pues hace dias que no le veo; mi padre lo habrá ahuyentado. Te digo que yo no puedo vivir así. La última vez que estuve en Madrid encontré en el baile de las señoras de Lopez á otro jóven que tambien me hizo el amor con unas veras que...

BONIF. Vamos, que pedía casaca á gritos.

LUISA. Eso es, pero mi padre...

ESCENA III.

DICHOS, D. ROQUE, *leyendo un periódico.*

ROQUE. «Curacion radical. El célebre Monsiur Canard, doctor de »la facultad de medicina de Paris, de paso hoy en esta »córte, es una especialidad para la curacion de las en»fermedades del oido. Estas terribles enfermedades...» Ah! sí, Dios mio, sí, sí, muy terribles, muy terribles!

BONIF. Señor, aquí tiene usted una carta.

ROQUE. (*Sigue leyendo sin hacer caso.*) «Estas terribles enfermeda-

»des, especialmente la sordera, las cura Monsiur Ca-»nard instantánea y radicalmente por un método »nuevo é infalible, basado en procedimientos electro-»acústicos.» Ah! qué fortuna sería que á mí me curára este Monsiur Canard.

BONIF. (Gritando.) Señor, aquí tiene usted una carta.

ROQUE. Ah! Estabas ahí, Bonifacio? y tú tambien, Luisa? Pues hombre, por qué no has hablado? Tanto trabajo cuesta decir: aquí tiene usted una carta. (Á Bonifacio.)

BONIF. Usted ve.

LUISA. De fijo que la carta es alguna nueva peticion de mi mano. Si yo pudiera leerla por detrás de los hombros de papá!

BONIF. No es menester, se puede usted enterar sin acercarse. Como no oye á nadie, no se oye él tampoco, y cuando lee ó habla consigo mismo habla fuerte. Así sé yo tóo lo que piensa siempre.

ROQUE. (Que ha abierto la carta y puestóse los anteojos, viendo que se le ha acercado Luisa.) Curiosa! Esto no es para tí... quizás me digan algo que tú no debes saber, y no quiero... (Leyendo.) «Mi apreciable amigo don Roque.»

BONIF. Eh? Lo ve usted, eso es muy bueno.

LUISA. Calla!

ROQUE. «Segun indicaba á usted en mi anterior, mi hijo Satur-»nino ama en silencio hace siete años á su niña de us-»ted. Usted ya conoce á mi niño. Es abogado, ha es-»crito un drama en cinco actos, que segun dicen sus »amigos producirá un escándalo, y que se va á repre-»sentar en la Infantil. Sabe bastante bien el francés, y »no malgasta nunca un cuarto; cuando yo muera, le »dejaré una bonita renta, y...» bah! bah!

LUISA. Vamos, sin duda tampoco es ese el novio que mi padre ha soñado. Un jóven que me ama en silencio hace siete años, ya ves.

ROQUE. Yo creí que quien me escribía era ese famoso médico, á quien he mandado llamar, y que dicen que cura tan admirablemente la sordera. Ah! Dios mio!

LUISA. Papá!

ROQUE. Vete, quiero estar solo.

LUISA. Yo quisiera decir á usted una cosa.

ROQUE. Que qué tengo? Nada, pero quiero estar solo.

LUISA. Digo que es preciso que hablemos.

ROQUE. Que si comemos? No, mujer, es temprano todavía. Vete.

LUISA. Pues señor, es inútil. Es como una tapia. Qué desgraciada soy. (Se va por la derecha.)

BONIF. Sí, es verdad. Qué desgraciados somos.

ESCENA IV.

D. ROQUE, BONIFACIO.

ROQUE. (Leyendo.) «La sordera es una de las enfermedades más »terribles que afligen á la humanidad!» Muy terribles, sí señor. «Si hubiera serosidades ó perforacion en la »membrana del tímpano; si no existieran los hueseci- »llos auriculares...» (Se mete el dedo meñique en el oido.) Creo que no me faltan los huesecillos... (Lee.) «El martillo y el... yunque especialmente ..» (Se mete el dedo meñique en el oido.) «Me parece que están todos completos. (Lee.) «Si estuviera obstruida la trompa de Eusta- »quio...» La trompa de Eustaquio... tendré yo obstruida la trompa de Eustaquio? Voy á preguntárselo á Bonifacio. Bonifacio! Bonifacio! (Bonifacio entra por el foro, tropieza y deja caer un florero que trae en la mano.)

BONIF. Ay!

ROQUE. Dónde estará, Bonifacio? Bonifacio?

BONIF. Esta es una de las pocas ventajas de su sordera; aunque uno rompa todo lo que hay en la casa no se entera jamás.

ROQUE. Bonifacio!

BONIF. Hasta que no recoja todos los tiestos no respondo. (Recoge los pedazos y los tira por la ventana.)

ROQUE. Pero dónde estará este majadero? Bonifacio!

BONIF. Eso, grita, grita! (Tirando una silla.) alma de cántaro.

Qué quiere usted?

ROQUE. Pero hombre, estás sordo?

BONIF. Yo sordo? Pues me gusta.

ROQUE. Eh!

BONIF. (Tarareando.) Me gustan todas, me gustan todas en general.

ROQUE. Pero hombre, qué dices...

BONIF. Nada, papanatas.

ROQUE. Vamos, ven acá, aproxímate! (Se sienta.)

BONIF. Para qué, zanguango?

ROQUE. Hazme el favor de ver si tengo todos los huesecillos del oido.

BONIF. Eh? Tiene usted huesos en el oido?

ROQUE. Mira, sobre todo, si tengo el martillo y el yunque...

BONIF. Qué barbaridad! Un martillo y un yunque?

ROQUE. Y si tengo obstruida la trompa de Eustaquio.

BONIF. Pero qué está usted diciendo?

ROQUE. Hazme el favor de mirar bien.

BONIF. Ya está! (Le coge por la cabeza y la barba, y le examina el oido.)

ROQUE. Tengo el martillo y el yunque? Está obstruida la trompa de Eustaquio?

BONIF. Qué martillo ni qué yuuque, ni qué trompa? No tienes náa, zanguango.

ROQUE. Eh!

BONIF. (Gritando.) Que no tiene usted náa?

ROQUE. Me parece que te se debilita la voz. No tiene ya tanto alcance como ántes.

BONIF. Deje usted, haremos que me la rayen como los cañones.

ROQUE. Has dado en hablar tan bajo, qne no te entiendo ni una palabra.

BONIF. No es que yo hable bajo, sino que usted está muy sordo. (Gritando.)

ROQUE. Sí, hombre, estoy más gordo, efectivamente. Estos aires me sientan bien.

BONIF. Asi reventáras!

ROQUE. Gracias, hombre, gracias; ya sé que me cuidas bien, que me adivinas los pensamientos.

BONIF. Vaya qué gracia! Como que piensa á voces.

ROQUE. Qué comería yo hoy? (Hablando consigo mismo.) Ah! sí, perdices. Bonifacio, quisiera que hoy nos pusieras de principio...

BONIF. Perdices. (Gritando.)

ROQUE. Es extraordinario! Precisamente era lo que yo te iba á decir, Bonifacio, amigo mio, yo premiaré el celo, lealtad é inteligencia con que me sirves. Yo me acordaré de tí en mi testamento. (Sigue leyendo.)

BONIF. Pues sino fuera por eso, quién te había de aguantar, viejo insufrible! (Gritos fuera que dicen:) «Á ese, á ese.» Qué pasará en el jardin. (Corre á la ventana y suena un tiro.)

ROQUE. Jesús, María y José. (Volviendo la cabeza hácia Bonifacio.) Jesús! (Suena otro tiro.) Qué manera de estornudar. Dónde diablos has cogido ese constipado. Qué haces ahí? Pero hombre, á quién se le ocurre ponerse á la ventana con ese catarro!

BONIF. Vaya una ocurrencia! Venirse á cazar al jardin. Eh! amiguito, eh! Aquí no se caza.

ROQUE. Pero qué es eso! Qué sucede?

BONIF. Un cazador que se ha metido en el jardin, y está destrozando todo. Pobres de mis flores! Eh! Por ahí no se salta. (Á la ventana.)

ROQUE. Tunante! (Asomándose.) Todo lo está echando á perder. Ahora salta sobre el plantel de zanahorias; y el guarda no le puede pescar: Bonifacio, venga una escopeta. (Le da la que está en la mesa y él coge una escoba de palo largo.)

BONIF. Le voy á partir.

ROQUE. Vamos corriendo. Yo le haré entender á ese saltamontes el respeto que se debe á la propiedad. (Se van al foro; se oye el ruido de una silla tirada, y sale Diego con escopeta en traje de cazador; recorre la habitacion mirando debajo de todos los muebles con la escopeta preparada imitando á los cazadores.)

ESCENA V.

DIEGO.

Aquí debe de estar. No hay nada, nada, nada. Dónde se habrá escondido? (Deja la escopeta en la mesa.) Qué cansado estoy. Y todo por un conejo, que me hubiera costado en Madrid siete reales, aunque fueran dos pesetas. Estos son los placeres de la caza. Lo que siento es que para colmo de desdichas, despues de haber matado á Turco, un podenco magnífico, que me costó media onza, me he metido persiguiendo á este maldito conejo en el jardin de esta casa, y todo lo he ido rompiendo y echando á perder á mi paso. (Óyese ruido de gente.) Pongámonos en seguridad. (Toma la escopeta, va á salir por el foro, y aparece D. Roque apuntándole con la escopeta; va á la puerta izquierda y aparece Bonifacio apuntándole con la escoba, y al ir á la primera puerta izquierda, sale el Guarda apuntándole con una tercerola.)

ESCENA VI.

DICHO, BONIFACIO, D. ROQUE y el GUARDA.

GUARDA. Aquí está.
ROQUE. Cogedle.
DIEGO. Eh? Qué?
GUARDA. Dése usted preso. (Le detiene y le quita la escopeta.)
DIEGO. (Ap.) (Esto sólo me faltaba!)
ROQUE. Hola, señor mio; conque se permite usted entrar en un jardin de mi propiedad como en terreno conquistado; y no contento con esto, se viene á cazar conejos dentro de mi propia casa? Voy á mandarle á usted á Madrid entre una pareja de civiles.
DIEGO. Caracoles!
ROQUE. Cómo se llama usted?
BONIF. Sí, eso es; cómo se llama usted?
GUARDA. Cómo se llama usted?

DIEGO. Diré á usted, caballero; el caso es, que... el conejo...

BONIF. Se llama conejo. (Á D. Roque gritando.) Casuesque.

DIECO. Conejo... yo conejo!

ROQUE. Le hemos estado á usted dando gritos desde la ventana para que se detuviera, y nada, á la otra puerta; parece que estaba usted sordo.

DIEGO. (Ap.) (Hombre, no es mala idea.)

ROQUE. Qué dice?

BONIF. No dice nada.

DIEGO. Probemos. Si ustedes me hicieran el favor de darme...

ROQUE. Eh?

DIEGO. Un poco de papel. (Haciendo ademan de escribir.)

BONIF. Papel? Para qué?

ROQUE. Qué dice?

BONIF. Pide un poco de papel.

ROQUE. Cómo? Papel?

DIEGO. Ah! (Mira la mesa y se pone á escribir.)

BONIF. Qué hace ese hombre?

DIEGO. Tome usted. (Levantándose, y le da el papel.) (Soy sordo, pero no mudo.) (Ap.)

BONIF. (Le da el papel á D. Roque.) Tome usted, á mí me estorba lo negro.

ROQUE. (Lee.) Qué es esto? Qué letra tan mala! «Dispénsenme »ustedes, señores, pero como soy completamente sor- »do...» Sordo! sordo!

GUARDA. Sordo!

BONIF. Sordo!

ROQUE. Conque usted es sordo?

DIEGO. Que cuántos años tengo? Veinte y cuatro. (Señalando con los dedos.)

ROQUE. (Gritando.) Nadie le pregunta á usted cuántos años tiene. El amo dice que si es usted sordo! (Mímico.) Sordo?

DIEGO. Sí señor, soy un poquito teniente.

BONIF. Yo creo que eres capitan general. Dice que sí, que es sordo. (Á D. Roque.)

ROQUE. Qué felicidad! Bonifacio, este es el yerno que yo había soñado.

BONIF. Eh?

DIEGO. Hola, parece que sonríe; eso me tranquiliza.

ROQUE. (Hablando consigo mismo.) Y es guapo este mozo. Dejadnos solos. Tengo que hablar con el señor. (Váse el Guarda.)

ESCENA VII.

DICHOS, ménos el GUARDA.

BONIF. (Ap.) (Este es el yerno que había soñado el amo?) Valiente yerno; sordo como una tapia.

ROQUE. Tenga usted la bondad de sentarse, caballero. (Diego permanece inmóvil.) Qué felicidad. Es como una tapia. Tome usted asiento. (Muy alto.) Que tome usted asiento. (Mimica.)

DIEGO. Serán todos estos cumplidos por mi sordera? (Pasando á la derecha.)

ROQUE. Es muy guapo, muy elegante. (Le hace señas que se siente.)

DIEGO. Usted primero. (Mímica.)

ROQUE. Es muy atento. Qué buena educacion tiene. (Siéntanse en el confidente.)

BONIF. Pues voy á estar divertido con este par de postes.

ROQUE. Usted quizá extrañará mi conducta; pero, amigo mio, su enfermedad le hace á usted interesante á mis ojos.

DIEGO. (Ap.) (Vamos, es mi sordera la causa de su amabilidad.) Cuánto me alegro de haberlo fingido.

ROQUE. Carape! Y si no fuese soltero? (Levantándose, á Bonifacio.) Jóven, es usted soltero? (Sentándose.)

DIEGO. Á la otra puerta. (Ap.) (Qué le importará que yo sea ó no soltero?)

BONIF. (Ap.) (Sería bueno que tuviera media docena de chiquillos.) (Gritando.) Usted es casado, verdad.

DIEGO. Sí señor, un poco.

BONIF. Cómo un poco?

DIEGO. Un poquito cansado. Ya se ve, he corrido tanto!

BONIF. (Ap.) (Maldita sea tu estampa.)

ROQUE. Me parece que ha dicho que sí. (Gritando.) Es usted soltero, soltero?

DIEGO. Sí señor.

ROQUE. (Aplicando la mano al oido.) Qué dice usted?

DIEGO. (Gritándole al oido.) Que síí. (Pues señor, este hombre es sordo.)

ROQUE. (Me parece que ha dicho que sí. (Levantándose y mostrando alegría.) Soltero! Algun ángel me le envía para yerno!) (Se sienta.) Caballero, tendrá usted inconveniente en acompañarme á comer hoy?

DIEGO. (Ap.) (Delicioso! Pero no aceptemos tan pronto.) Que si me voy? Sí señor. (Va á levantarse y le detiene.)

ROQUE. (Gritando.) Digo, que si quiere usted quedarse á comer conmigo?

DIEGO. Muchas gracias, acepto.

ROQUE. Otro cubierto? Mira, Bonifacio, pon otro cubierto para este jóven. Me has oido? Otro cubierto.

BONIF. Sí, viejo chocho.

ROQUE. Anda, hombre.

BONIF. Ya voy, viejo impertinente.

ROQUE. No me oyes? Anda.

BONIF. Si no fuera por la esperanza del testamento, ya te habría echado á pasear, Matusalem. (Se va refunfuñando.)

ROQUE. Qué bueno es este Bonifacio! Qué callado! Es una alhaja! Y cómo me quiere!

ESCENA VIII.

DIEGO y ROQUE.

DIEGO. Pero, caballero, usted permite que ese insolente criado?... (Señalando á Bonifacio.)

ROQUE. Es un buen muchacho, verdad? Estoy muy contento con él.

DIEGO. Hace usted muy bien. (Vamos, este hombre es más sordo que una pared.) (D. Roque se levanta, cierra la ventana y la puerta del foro y pone la escopeta sobre la consola.)

ROQUE. (Gritando.) Ahora, amigo mio, hablemos en secreto.

DIEGO. (No es mal secreto á voces. Pues me voy á divertir.)

ROQUE. Jóven, yo soy bastante rico.

DIEGO. (Y á mí qué me importa?)

ROQUE. Y si le he convidado á usted á comer, no ha sido para comer precisamente.

DIEGO. Pues para qué entónces?

ROQUE. Si hubiera usted sido casado, á esta hora estaría usted en la inspeccion de policía por lo del jardin; pero es usted soltero y sordo, y yo soy padre...

DIEGO. (Ap.) (Y sordo.)

ROQUE. Padre de una hija... No sé si usted le gustará á mi hija.

DIEGO. Quién sabe! (Toma el sombrero.)

ROQUE. Pero á mí me gusta usted y pienso casarle con ella.

DIEGO. (Pasa al otro lado.) (Cuando así me la ofrecen, será ¡un mónstruo. Si será jorobada como los camellos?)

ROQUE. La doto en veinte mil duros.

DIEGO. (Entónces será un dromedario; tendrá dos jorobas.) Señor mio, con permiso de usted. (Saludando para marcharse.)

ROQUE. Yo tenía un plan. (Deteniéndole.) Aunque hubiera usted sido más bello que Apolo y más rico que Creso, no le hubiera dado la mano de mi hija... pero verá usted mi plan.

DIEGO. (Qué plan será este tan famoso?)

ROQUE. Jóven, quizá no habrá usted notado que soy sordo?

DIEGO. Conque sordo, eh? (Ap.) (Apenas te se conoce.)

ROQUE. Sí señor, lo soy.

DIEGO. De veras?

ROQUE. Vivimos solos aquí mi hija, ese pobre Bonifacio y yo. Mi hija no ve á nadie, ni habla con nadie más que conmigo.

DIEGO. (Pues estará divertida la niña)

ROQUE. Pues bíen, verá usted mi plan.

DIEGO. (Ap.) (Ya me va cargando este plan.)

ROQUE. Figúrese usted entre mi hija y yo un yerno como uno de los muchos que me han propuesto; un hombre dotado de sus facultades auditivas. Mi hija y él hubieran

hablado como personas que tienen buen oido, y yo no hubiera entendido una palabra; mientras que con un yerno tan sordo como usted... porque usted es bastante más sordo que yo, se obviaría este inconveniente.— Usted la hablaría muy alto á mi hija, ella contestará en el mismo diapaon, y yo me enteraré de todo sin esfuerzo, sin trabajo alguno; usted me comprende?

DIEGO. Perfectamente. (Este buen señor es un modelo de egoismo y de malicia.)

ESCENA IX.

DICHOS, BONIFACIO, con tarjeta.

ROQUE. Deme usted esos cinco, amigo mio, va usted á casarse con una jóven rica, amable y lindísima.

BONIF. Conque se há arreglao yá? (Ap.) (Pues me voy á divertir con este par de sordos.)

DIEGO. Cómo lindísima? (Ap.) (Entónces no será jorobada.)

ROQUE. Quedamos en ello, pero ántes de presentarle á mi hija convendrá que se arregle usted un poco. Es preciso que le entre usted por el ojo derecho, y así será. Entre usted por ahí en mi habitacion. (Señalando la primera puerta izquierda.)

DIEGO. Todo eso está muy bien, pero yo no soy sordo. (Ap.) (Cómo saldré de este compromiso?)

ROQUE. Vamos, ande usted. (Empujándole.) Allí hay cepillos, peines, navaja de afeitar, todo lo necesario. (Diego entra en la habitacion.)

ESCENA X.

ROQUE y BONIFACIO.

ROQUE. Ya sabía yo que un dia ú otro encontraría el yerno que he soñado. Ah! Eres tú, Bonifacio! Todo está arreglado. Ese jóven consiente. Le he ofrecido la mano de Luisa y la ha aceptado; está en mi habitacion ponién-

dose guapo. Qué es lo que traes ahí? Una tarjeta? Á ver.

BONIF. Es de un señor que viene á verte, Fierabrás.

ROQUE. Cielos. (Mirando la tarjeta.)

BONIF. Qué?

ROQUE. Es él.

BONIF. Quién?

ROQUE. Está en mi despacho? Voy corriendo. Ah, Bonifacio, todas son hoy alegrías! (Váse.)

ESCENA XI.

BONIFACIO, LUISA.

LUISA. Bonifacio, qué tiene mi papá que sale tan de prisa?

BONIF. Que qué tiene? Náa en gracia de Dios. Que ha encontrao el yerno con quien soñaba. Eso es lo que tiene.

LUISA. Le ha encontrado? Y dónde está? dónde está?

BONIF. Ahí está poniéndose bonito.

LUISA. Y le has visto tú?

BONIF. Pues ya lo creo.

LUISA. Y es jóven... es guapo?

BONIF. Ay señorita de mi alma!

LUISA. Qué? Me das miedo.

BONIF. Ya sabía yo que no podía soñar náa bueno don Roque. Maldita sordera... Ha oido usted hablar del sacrificio de Abraham?... Pues todavía es mayor el que quiere hacer con usted su padre.

LUISA. Pero acaba, qué quieres decir con todo eso?

BONIF. Quiero decir que al lao de su novio de usted, la sordera de don Roque es tortas y pan pintao.

LUISA. Dios mio!

BONIF. Si ya lo decía yo. Estando el amo tan sordo, no pué hacer náa bueno.

LUISA. Pero yo no lo consentiré. Haber estado esperando tanto tiempo! Y para qué? No, no quiero.

BONIF. Así me gusta. Es menester echar de aquí á ese hombre ántes que coma.

LUISA. Eso es. Ayúdame tú.
BONIF. Pues no que no. Voy á llamarlo, dejusté. Señor Conejo! Salga usted, señor Casuesque...

ESCENA XII.

DICHOS y DIEGO.

DIEGO. Es ella!
LUISA. Cómo! Es usted?
BONIF. Son conocíos.
LUISA. El jóven del baile.
DIEGO. Mi linda pareja.
LUISA. Ven acá, zopenco, (Á Bonifacio.) no me decías que el señor era sordo?
DIEGO. Malo! malo!
BONIF. Que no es sordo? Lo va usted á ver.
DIEGO. (Ap.) (No poderla prevenir delante de este animal!)
BONIF. Caballerito, usted (En tono regular.) le ha gustao á don Roque; pero á la niña, nones.
DIEGO. Eh?
LUISA. Bonifacio! (Reprendiéndole.)
BONIF. No hay cuidiao, es como una tapia. Ya puede usted ir tomando soleta, amiguito.
DIEGO. (Ap.) (Á que le pego dos puntapiés?) Mucho celebro que usted acceda á mis deseos y los de su papá.
BONIF. Já, já, já!
LUISA. Bonifacio!
BONIF. Pus no se ha creido que le digo que usted le quiere?
LUISA. Qué cosa tan rara! Cuando yo le conocí en el baile no era sordo.
BONIF. No, eh?
DIEGO. Esto se complica. Ah! Luisa, desde la última vez que tuve el gusto de verla me ha sucedido una gran desgracia. Dí una caida de un caballo, y quedé sordo enteramente.
LUISA. Pobrecillo!
DIEGO. No oigo nada á las personas que me son indiferentes;

pero á usted la comprenderé cuanto me diga, no con los oidos, sino con el corazon. Hábleme usted, adorable Luisa, hábleme usted, y el infeliz sordo oirá.

LUISA. Será posible!

DIEGO. Ah! sí, ya sabía yo que no me equivocaba. Usted acaba de decir; será posible? No es verdad?

LUISA. Sí, eso he dicho.

DIEGO. Lo he comprendido por el movimiento de los labios.

BONIF. Cómo, oye con los labios.

LUISA. Pero un marido sordo? Oh! imposible! No, no. (Se va.)

DIEGO. Y se va.

BONIF. Vaya si se va. Por no verte, tontinas. (Diego le da un puntapié.)

ESCENA XIII.

BONIFACIO, DIEGO.

BONIF. Eh? Qué es eso?

DIEGO. Ah! (Persiguiéndole.) Conque yo soy un tontinas? Te voy á partir.

BONIF. Este hombre oye, este hombre oye.

DIEGO. Chist. Oigo, pero solamente te oigo á tí y á ella. En cuanto á don Roque... si le dices que no soy sordo...

BONIF. Qué?

DIEGO. Yo le diré de qué manera le hablas, porque te he oido tratarle de viejo chocho, zanguango, papanatas y otras lindezas.

BONIF. Por Dios, señorito, no le diga usted eso, me despediría, y no me dejaría nada en su testamento. Señorito, por la Vírgen, no le diga usted nada!

DIEGO. Silencio por silencio.

BONIF. Sí señor. (Llevando la mano atrás.) Si lo que á mí me fastidiaba era que usted fuera sordo, pero oyendo perfectamente, yo haré todo lo que usted quiera.

DIEGO. Bueno; pues cuidado.

ROQUE. (Dentro.) Bonifacio! Bonifacio!

BONIF. Ya está aquí el amo. Tenga usted cuidiao, porque es

mu malicioso, y si descubriera la verdad se armaba la gorda.

DIEGO. Descuida; estaré sobre mí.

ROQUE. Bonifacio! Bonifacio!

BONIF. Eso es que quiere comer ya. Usted se va al jardin. Ah! Cuando yo toque la campana llamando pa la comía, haga usté como que no oye, no venga usté.

DIEGO. Está bien; pero es que ya voy sintiendo un apetito que...

BONIF. Pierda usted cuidiao; yo iré á llamarle. (Se van foro.)

ESCENA XIV.

D. ROQUE, LUISA.

D. Roque muy contento por la puerta segunda izquierda, y durante el monólogo da golpes en las sillas y demas muebles; se aplica el reloj al oido y muestra alegría de oir los golpes.

ROQUE. Oh prodigio! Oh milagro! Qué grande hombre! Oh maravilla electo-acústica! Oh! galvanismo! Oigo, oigo perfectamente.

LUISA. Papá.

ROQUE. Luisa, hija mia, á tiempo llegas. Ante todo dame la enhorabuena, dame un abrazo. Qué felicidad! No lo hubiera soñado.

LUISA. Adios, el sueño! Sí, ya lo sé.

ROQUE. Cómo! sabes que ya no estoy sordo?

LUISA. Eh?

ROQUE. Estoy curado desde hace diez minutos. Radicalmente curado, como con la mano. Ese célebre charlatan es un gran médico. Ha venido y me ha curado en un abrir y cerrar de ojos, y sin dolor alguno. Qué alegría

LUISA. (Ap.) (Entónces tambien podrá curar á mi novio.) Oh Papá mio, qué contenta estoy! (Gritando.)

ROQUE. No chilles tanto, que me haces daño. Habla un poquito más bajo.

LUISA. Querido papá!

ROQUE. Más bajo, por Cristo, más bajo.

LUISA. Dispense usted; como estaba acostumbrada á... Ya lo he visto.

ROQUE. Qué has visto? Todo lo oigo perfectamente.

LUISA. Á ese jóven.

ROQUE. Á ese jóven? No se me escapa una palabra.

LUISA. Al jóven que usted me ha elegido por esposo.

ROQUE. Ah! El jóven? Y yo que olvidaba... Qué bien oigo! qué bien!

LUISA. Lástima que sea sordo; pero eso no importa; él es muy buen muchacho, muy guapo, de muy buena família.

ROQUE. Ya no le quiero.

LUISA. Eh? Pues no fué usted mismo quien le ofreció mi mano?

ROQUE. Sí, pero entónces estaba yo sordo y no sabía lo que me pescaba; ahora es otra cosa. Dar la mano de mi hija á un sordo? Jamás.

LUISA. Pero papá, ese mismo señor que te ha curado á tí, le puede curar á él.

ROQUE. No es posible. Ese jóven es incurable.

LUISA. Pero ese célebre médico, ó charlatan, ó lo que sea, podrá...

ROQUE. Imposible, hija, imposible. Ademas de que ya se ha marchado.

LUISA. Es que puede irle á buscar ese jóven.

ROQUE. En fin, no me hables más de ese maldito sordo. He hecho la tontería de convidarle á comer, y no quiero pasar por informal; comerá aquí, pero sólo conmigo; le daré racion doble, y en seguida le haré que tome las de Villadiego.

LUISA. Sí, eso es, otra proporcion perdida. Como si abundáran tanto los novios.

ROQUE. Calla tontuela, que te tengo otro preparado. Esta mañana recibí una carta de un amigo en que me habla de un hijo suyo, que es un gran partido.

LUISA. No señor, no señor, no señor. Me quedaré para vestir santos, ó me casaré á mi gusto. (*Váse.*)

ESCENA XV.

D. ROQUE.

Pues señor, oigo demasiado bien! Por vida de la chiquilla! Es el vivo retrato de su difunta madre. Qué calor! Que deseo de casarse! Y ese tunante le ha vuelto loca. Qué es eso? Una campana? Se habrá prendido fuego? Ah! Ya. Es que llaman á comer. (Gritando en la ventana.) Basta, basta. (Mirando al jardin.) Allí veo á ese desgraciado. Qué sordo no estará cuando ese infernal ruido no le hace dejar de las manos el periódico que está leyendo. Bueno, ya va á avisarle Bonifacio: pobre Bonifacio, qué contento se va á poner cuando sepa que estoy curado. Qué bueno es! Cuánto me quiere! Bonifacio! (Llamándole.) Estos son los criados antiguos. Bonifacio! Ya no se encuentran como éste ni por un ojo de la cara; Bonifacio!

ESCENA XVI.

D. ROQUE, BONIFACIO, que trae mantel, platos y cubiertos.

ROQUE. Ah! querido Bonifacio!

BONIF. Chut. (Pone lo que trae en la mesa.)

ROQUE. Eh! Á quién le dice, chut?

BONIF. Aquí tienes la sopa, zamacuco!

ROQUE. (Ap.) (Eh? Aquí estamos los dos sólos, de modo que eso lo dice por mí.)

BONIF. Si no fuera (Sigue poniendo la mesa.) por la esperanza en el testamento ya te habría echado á pasear, mastin! (Se va.)

ESCENA XVII.

D. ROQUE, DIEGO.

ROQUE. Hola! Conque así era como me tratabas? Espera, espera; voy á ponerte de patitas en la calle. Y á tí tar–

bien te pondré. (Á Diego que entra.)

DIEGO. (Ap.) (Tengo un gran apetito.)

ROQUE. (Ap.) (Portémonos, sin embargo, como persona decente.) Tengo un verdadero disgusto en haberte convidado á comer, sordo de los diablos; me alegraré que te siente mal la comida.

DIEGO. Eh! Qué es esto? Qué variacion es está?

ROQUA. No engordarás tú mucho con lo que comas conmigo.

DIEGO. (Ap. (Este hombre está loco.)

ROQUE. Toma esta silla. (Va á sentarse D. Diego y la retira.) No, esta, no, que es la más cómoda; esta para mí. (Va por otro de paja.)

DIEGO. (Ah! Ya comprendo, duda de mi sordera. Cuidemos de no caer en el lazo.)

ROQUE. Toma esta, que es muy dura y muy incómoda. (Ap.) (Con qué gusto te la ofrezco.)

DIEGO. Es usted bastante grosero.

ROQUE. Eh?

DIEGO. Qué suegro tan feo es usted! pero pronto nos desharemos de su insufrible compañía; créalo usted, créalo usted, Sardanápalo!

ROQUE. Yo no he de ser suegro tuyo, animal; ántes que á tí, le daría la mano de mi hija á un barrendero. Siéntate, verás qué incómodo vas á estar.

DIEGO. Gracias, viejo imbécil. (Se sientan.)

ROQUE. Me parece que...

DIEGO. (Gritando.) No tendré el gusto de que esa señorita coma con nosotros?

ROQUE. (Ap.) (Anda, necio, desgañítate, verás el caso que hago de tus gritos.) (Sirviéndole.) Esta sopa está muy fria; está detestable; voy á servirte mucha.

DIEGO. (Gritando.) Basta, gracias, es bastante.

ROQUE. (Id.) Á la otra puerta. No quieres caldo? toma taza y media.

DIEGO. Gracias, animal; gracias, bruto.

ROQUE. (Ap.) (Me parece que le voy á tirar un plato á la cabeza.) Bonifacio? (Llamándole y entra trayendo un plato.)

ESCENA XVIII.

DICHOS, BONIFACIO.

ROQUE. Llévate la sopa. El señor no ha concluido, pero es igual. Qué traes ahí?

BONIF. Perdices con alcachofas.

DIEGO. Hola! Perdices tenemos!

ROQUE. Está bien; á mí no me gustan las alcachofas; se las voy á servir y yo me quedaré con las perdices.

DIEGO. (Ap. Levantándose.) (Ya estoy cargado.)

ROQUE. No tienes gana! (Levantándose.) Mejor! con eso te largarás más pronto. Bonifacio! tráete cigarros; uno habano para mí, y uno de á cuarto para este necio, y aun será demasiado bueno.

DIEGO. Ah! (Conteniéndose.)

BONIF. Eso es para probarle á usted. Tenga usted cuidiao.

ROQUE. (Ap.) (Cómo para probarlo!)

BONIF. Yo le digo á él mucho más. Verá usted.

ROQUE. (Ap.) (Hola, hola! Vamos á verlo.)

BONIF. Toma, viejo chocho; toma, gaznápiro. (Le da una caja de cigarros que toma de la consola.)

ROQUE. Toma tú, pillastre. (Dándole mogicones.)

BONIF. Eh! Tambien este?

ROQUE. Ah! Conque así me tratabas? Conque soy un viejo chocho y un gaznápiro, eh? Conque sólo me servías por el olorcillo del testamento? (Corriendo tras de él.)

BONIF. (Huyendo.) El amo oye, el amo oye!

ESCENA ULTIMA.

DICHOS y LUISA.

LUISA. Qué sucede aquí?

DIEGO. Cómo? Usted oye?

ROQUE. Perfectamente; y voy á repetirle á usted ahora letra por letra sus groserías de ha poco.

DIEGO. Es verdad, señorita, que oye su papá de usted?

LUISA. Sí, señor, desde hace un cuarto de hora. Ha sido una

cura milagrosísima.

BONIF. Y no dice usted náa. (Á D. Roque.)

ROQUE. Lo que te digo es que ya te estás largando de esta casa tunante.

DIEGO. (Ap.) (No tengas cuidado, te quedarás conmigo.)

ROQUE. Y usted, señor mio, salga tambien de mi casa.

LUISA. Papá, no le eches, por Dios; yo le amo.

DIEGO. Qué oigo? Usted me ama?

LUISA. Ah! usted oye? No es usted sordo?

DIEGO. Ni lo soy ni lo he sido nunca.

ROQUE. Cómo!

DIEGO. Señor don Roque, todo ha sido una ficcion; primero porque no llamára usted al comisario de policía, y luégo para lograr la mano de Luisa.

ROQUE. Despues de las groserías que usted se ha atrevido á decirme, no puedo, no quiero que sea usted yerno mio.

DIEGO. Dispénseme usted, señor don Roque, lo dije sin intencion; y ademas de que usted tambien me ha puesto á mí como ropa de pascua.

ROQUE. Es verdad Cuántas cosas le he dicho á usted! Já, já, já!

DIEGO. No, pues yo he contestado de lo lindo; já, já, já!

ROQUE. No eramos sordos ninguno de los dos. Já, já, já!

BONIF. Já, já, já!

ROQUE. En fin, para que todos seamos felices...

LUISA. Qué, papá?

ROQUE. Ahí tiene usted la mano de mi hija.

DIEGO y LUISA. Gracias, señor, gracias. (Dándose las manos.)

BONIF. Alto ahí, nosotros estamos contentos, pero... (Señalando al público.)

ROQUE. Vamos á verlo.

Pues que mis penas calmadas
ví dejando de ser sordo,
quisiera un aplauso gordo;
á ver si oigo las palmadas.

FIN.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
		ZARZUELAS.	
tima hora	1	Joaquin Gaztambide	Música
Pompeyo en Carnaval	1	Amalfi y Arche	L. y M.
sistente Cepillo	1	Amalfi	Libro.
irbero de Rossini	1	Amalfi y Aceves	L. y M.
istañar español	1	Amalfi	L. y M.
rande hombre de Canillejas	1	N. N.	Música
aestro Fugatto	1	Lasso	Libro.
ltimo figurin	1	Puente y Brañas	Libro.
miento	1	Gonzalez Martinez	L. y M.
ma Americano	1	R. María Liern	Libro.
íncipe Lila	2	R. María Liern	Libro.
rgento Bailén	2	Fernandez Caballero	Música
atro en 1876	2	R. María Liern	Libro.
allina ciega	2	Fernandez Caballero	Música
nás II	2	R. María Liern	Libro.
	2	Flotow. (Mitad.)	Música
viaje de mil demonios	3	P. y Brañas, Pastorfido y Santisteb.	Libro.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En la librería de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta,* calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.